NÓMADA ENCALLADO EN LA MODERNIDAD

Julián Meza

Desde el principio, el ser humano no tiene casa. Fue arrojado de ella por la divinidad judeo-cristiana, y condenado a errar por el mundo en busca de sustento. El gitano convirtió esta condena en su salvación.

J. M.

1. Vivo feliz de no tener, al igual que todo el mundo (aunque mucha gente crea no ser mestiza, sino, como los caballos, pura sangre, o tener, como los perros, un inmaculado *pedigree*), uno, sino varios orígenes. Sólo me entristece no saber si soy también, como me hizo caer en cuenta alguno de mis antepasados, descendiente de gitanos. No obstante mi ignorancia, he descubierto que tengo algo de nómada y no quisiera perder esta rara condición. Nací en México como consecuencia de las causas y de los afectos (como dice una errata muy acertada en un poema de Borges, porque el mundo no está hecho de efectos, sino de afectos; casi nadie es efecto de lo que no se quiere o no se desea, aunque, paradójicamente, por la violencia es posible ser efecto de la ausencia de afecto), pero mi geografía natal no anula mi relativa condición de nómada. Relativa porque tiene más que ver con la dimensión onírica de la literatura que con la prosaica, áspera realidad que se resiste a ser seducida por la poesía.

El gitano es la representación más completa del nómada al que nunca se le ocurrió urdir la mentira de pertenecer a un pueblo elegido (jamás ha habido tal) e inventar que le esperaba una tierra prometida por la divinidad que lo eligió... sin razón alguna, pues no era ni mejor ni peor que todos los demás pueblos. Por esto, no se dio una cita futura en Palestina, en Rumania, en la Bohemia, en los Balcanes, en Andalucía

JULIÁN MEZA

o en las verdes praderas de Hungría, en donde tal vez hace ya mucho tiempo domesticó el caballo, insufló vida a las marionetas e inventó una atrevida manera de leer en la palma de la mano la suerte y el destino. Tal vez cerró este ciclo de creatividad cuando inventó el primer instrumento de cuerdas en alguna región de la India: la cítara, con la que dio nacimiento a la música, porque, como dijo el gran director de orquesta y compositor judío, Leonard Bernstein: “en música todo se lo debemos a los gitanos”.

Cercados por la agresividad nacionalista (xenófoba y no pocas veces racista) de los ya caducos tiempos modernos (que no han sido sustituidos por una supuesta postmodernidad, ¿o acaso son postmodernas guerras como las de Afganistán e Irak, o estafas financieras que reiteran milenarias prácticas agiotistas de la especie, ahora encarnadas en agencias calificadoras entretenidas en descalificar?), los gitanos persisten, sin embargo, en su voluntad de movimiento, aun cuando son acosados y deportados, o se pretende encerrarlos en ghettos que ya han inaugurado, sumados a los de los palestinos, el universo concentracionario del siglo XXI. Sarkozy deporta gitanos que vuelven a Francia porque a donde llegan les tienen malas noticias: de ahí tampoco son. Burlesconi pone en practica su desprecio por los romaníes en la Italia que padece su satrapía (beatíficamente aceptada, sin embargo, por sus dóciles machos, que se refocilan en ella gustosamente). Cuando los campamentos de gitanos no son incendiados y sus ocupantes atacados por bandas racistas *il bernocchio ministeriale* (la excrecencia ministerial) decide deportarlos a algún lugar de la antigua Yugoslavia, en donde también son rechazados porque de allí tampoco son.

El nómada también puede ser hoy una condición que se elige cuando se desprecia la petrificada inmovilidad nacionalista y patrioter en la que viven engolfados casi todos los pueblos, pero en la que destacan bandas de feroces vascos, rudos castellanos, fanáticos irlandeses, bárbaros ingleses, chauvinistas franceses, desmemoriados y belicosos israelitas, ingenuos y suicidas palestinos, delincuentes rusos, forajidos georgianos, criminales serbios, sensibleros mexicanos que lloran mientras pegan sonoros gritos de guerra contra el narcotráfico, y estúpidos norteamer-

ricanos felices de entonar a la menor provocación la cancioncilla que reza (son un pueblo tan creyente como crédulo): *Oh, say can you see...*

Los gitanos nunca tuvieron a donde ir a restañar las heridas del genocidio al que los sometieron los nazis (se calcula que pueden haber sido víctimas de este exterminio, llamado *porrajmos* en lengua gitana, hasta un millón y medio de romaníes), porque, pese a todas sus maravillosas creaciones, nunca se inventaron un origen que remitiera a un terruño dado en propiedad por un dios iracundo y arbitrario o un papa abusivo y prepotente, o a símbolos de pertenencia tan disímbolos como la rosa (o las dos rosas, bañadas en sangre y luego, por arte de Merlín, convertidas en una), el águila bicéfala (o monocéfala y calva), el bulldog y el ciervo rojo, el oso devorador de morojos, el toro lanceado por el populacho y la serpiente emplumada... con mucha frecuencia desplumada por la voraz águila calva.

2. Pese a los numerosos momentos que he pasado sentado frente a un escritorio para dictar cátedra, leer y escribir, o a una mesa para comer, beber y conversar con los míos (mis padres, mis hermanos, mis ex, mis hijas, mi nieta, mis amigos y amigas), he intentado parecerme a los gitanos al tratar de convertir –lográndolo sólo de manera muy parcial– una franja de mi vida en alguna forma de nomadismo.

La primera vez que abandoné mi escritorio (o mi mesa) fue, hace ya muchos años, para ir a Cuba (en franco plan de aventurero, pues nunca he pertenecido a un partido político), en donde esperaba encontrar un socialismo con rostro tropical. Obviamente, fracasé. Luego fui a Francia, a estudiar, pero sobre todo en busca de nuevas aventuras, que hallé, en particular en el ámbito de los viajes, el pensamiento, el arte y la creación literaria. Por épocas, en París he vivido poco más de un lustro. Fuera de México, es el país en donde más tiempo he permanecido. Luego, llevado por mis afectos, me instalé esporádicamente (en total unos tres años) en Barcelona. Durante algún tiempo creí que estas estancias eran parte de mi nomadismo, pero en realidad convertí dos ciudades, París y Barcelona, en mis otros hogares. Ya he referido en algún texto lo que vuelvo a contar ahora porque no quiero dejar fuera esta anécdota: conver-

JULIÁN MEZA

saba con un amigo francés, Michel Gillette, y cuando dije algo así como: “yo, cuando viajo...” Michel me interrumpió sin sutilezas: “Tú no viajas; tú tomas un metro México-París, y de regreso: París-México.” Sin duda alguna, tenía razón. Salvo una cuantas escapadas a Italia y, sobre todo, a España (la primera ciudad mediterránea que visité fue Barcelona), durante más de tres años viví encerrado en mi ghetto parisino. Había evitado andar por el mundo como turista al vivir arraigos provisionales que me sustraían a esa horrenda condición, pero de ninguna manera era un nómada. Ejemplifico lo que es para mí la horrenda condición de turista: ir a una ciudad durante pocos días y aun pocas horas para luego poder decir en una borrachera de sábado por la noche (o de cualquier otro día): “Conocí Ámsterdam, y/o Viena, y/o Berlín”. Sí, así, con total insolencia: conocí.

Nací, pues, a causa de los afectos, en México, pero no por esto soy un patriotero que se sienta orgulloso de una historia sobrada de supuestos héroes más nacionalizados que nacionales. Más aún: sólo respeto a aquellos a los que hipotéticos liberales y feroces nacionalizadores han suprimido de la historia nacionalizada: Lucas Alamán, el emperador Maximiliano y la emperatriz Carlota, infinitamente superiores como gobernantes a cualquier Iturbide, Juárez, el primer Díaz, Calles, el segundo Díaz (tan sanguinario como el primero), Salinas, Fox o Calderón, y más cuerdos y creativos que la mayoría de sus detractores historiógrafos y prosaicos noveladores que pretenden dar noticias de algunos de ellos.

No soy anti-mexicano, pero no me identifico, entre otros, con gobernantes, monopolizadores estatales o privados, sindicalistas y conductores de autobuses cuya única meta en su “gustosa nada de la vida” (Giani Stuparich en *La isla*) consiste en destruir el país arrollando (por diversos y potentes medios) a sus indefensos ciudadanos. Esto no me lleva a buscar ascendientes castellanos, pero tampoco soy anti-castellano (no puedo serlo por la lengua que hablo, aunque sí por la manera como la hablo: me daría vergüenza hablar mi idioma con acento de taxista o político madrileño), excepto cuando tomo el partido de árabes y judíos arrojados de su país natal por advenedizos de ascendencia visigótica, pomposamente llamados reyes católicos, y por sus herederos.

(Es cierto que Fernando no era castellano, pero se dejó castellanizar por la esperpéntica Isabel.)

Hasta donde es posible, me sitúo en la cauda de la diáspora que para mí encabezan Conrad, Elliot, Pound y Joyce, aunque no he elegido como destino provisional Inglaterra ni Trieste. Sí, en cambio, he optado por el París de Ionesco, Cioran, Mircea Eliade (que lo cambió por Chicago), Kostas Papaioannou y Castoriadis, y más tarde por la Roma que convertí en una reiterada vía de acceso al Mediterráneo (las otras han sido Barcelona y, fuera del *Mare Nostrum*, París) por su espléndida ubicación geográfica en el Mediterráneo y la placentera relación que he mantenido con amigas romanas como la escritora Maria Antonietta Macciocchi y la traductora Francesca Buffo, o casi tan romana como otra traductora, la napolitana Laura Gonsales, con la historia antigua de Roma y con los escritores y poetas italianos del siglo XX. En particular con Cesare Pavese e Italo Calvino, aunque no olvido a Eugenio Montale, Natalia Ginsburg, Giuseppe Ungaretti, Alberto Moravia, Roberto Calasso, Leonardo Sciascia y Andrea Camilleri, entre muchos otros.

3. Todo cambió el año 2000, pues fue cuando realmente descubrí y puse en práctica, hasta donde me fue posible, mi vocación de nómada. A partir de entonces, he convertido parte de mi vida en un nomadismo *sui generis*, pese a los numerosos momentos que paso en casa frente a mi Mac, como ahora, para escribir sobre el tema, o cuando, para descansar de la pantalla, me siento a la mesa con familiares o amigos para conversar, comer y beber. No tendría sentido que, para explicar esto, me pusiera a escribir un *Hotel nómada* como el de Cees Nooteboom por la sencilla razón de que ya lo escribió él. Sólo puedo, en este punto, citarlo para afirmar que, al igual que este extraordinario holandés: “Sigo construyendo mi hotel, ese inexistente edificio que sólo existe en mi cabeza, el hotel del mundo próximo y lejano, de la ciudad y del silencio, del frío y del calor”.

Mi nomadismo me ha conducido a ampliar y disfrutar mis recorridos por el Mediterráneo, a donde periódicamente vuelvo para alimentarme de los numerosos orígenes en donde se sitúan, imprecisamente, mis filiaciones y, con éstas, mi historia familiar y personal, mis preferencias, mis gustos, mis deseos y aun mis caprichos.

JULIÁN MEZA

4. Por mi abuelo paterno mi pasado me remite a la Francia mediterránea y a la España de la judería: la sefaradí, que no es la de los jázaros convertidos al judaísmo (ashkenazís) –como lo demuestra Arthur Köestler en *The Thirteenth Tribe* (*La tribu número 13*) o, en su traducción al español, *El imperio kázar y su herencia*. Por el materno, soy descendiente de un portugués garibaldino que peleó en Río Grande do Soul. De aquí procede, quizá, mi pasión por Sicilia, aun cuando tiene un peso enorme en este afecto la Magna Grecia, cuyas casi intactas huellas hallé en Sagesta, Selinunte, Agrigento, Siracusa y Taormina.

Fui a Cerdeña porque tal vez tengo primigenios ancestros nuraghi y debido a mis afectos catalanes. Al llegar a Alghero, me dio la impresión de que esta ciudad me esperaba desde finales del siglo XIV, cuando fue repoblada por colonos del reino de Aragón y Cataluña. No tuve la misma impresión, por supuesto, al pasar por esa parte de la costa Esmeralda que es propiedad de poderosos truhanes globalizadores de la prepotencia, la estafa y el nacional-machismo, totalmente diferentes a ese extraordinario y verdadero globalizador de ciencia y arte que fue Steve Jobs, siempre “abierto y descabellado” al borde de una carretera en pleno campo.

Estuve en Constantinopla y Capadocia, tanto para satisfacer la curiosidad de mi amiga Philareti, como para, primero, ver lo que ahí queda de la Magna Grecia y Roma (Afrodisias, la biblioteca de Celso y el templo de Adriano en Éfeso, Pérgamo...), y luego para despertar en el sueño bizantino del astuto emperador Constantino, que cristianizó el imperio para que Roma sobreviviera, y sobrevivió como prolongación griega durante casi toda la feudalidad y más allá. Este despertar se lo debo a mi amigo Álvaro Mutis, con quien ya compartía sus ideas monárquicas porque hace ya tiempo que me siento cada vez más ajeno a esas democracias en donde el electorado elige como sus representantes a sargentos, cantantes de cruceros, socialistas cuyos enemigos principales son la socialdemocracia y el estado benefactor, subnormales como el que decidió la guerra que no cesa en Afganistán y en Irak (los gobernantes norteamericanos nunca han sabido terminar las guerras que han iniciado después de la II guerra mundial), vendedores de refrescos, gruñones abogados decimonónicos, truhanes de diversos pelajes o, como decía Lenin

que iba a ocurrir en el comunismo: cocineras —con bigotes de mariachi de Pénjamo o de Chaplin vallisoletano con labio leporino— capaces de conducir la nave del Estado. A Lenin se le olvidó añadir que a fin de cuentas la conducirían tan mal que la harían naufragar en el mar de las burbujas inmobiliarias y los fraudulentos sargazos financieros.

Aún no he estado en Córcega, adonde me invitan a ir sus dólmenes y menhires, su pasado greco-romano y algunos rasgos del famoso y, no siempre con razón, desprestigiado corso, pero no los de sus fanáticos nacionalistas. Sí, en cambio, la peculiar historia de un bandolerismo que tal vez se parezca en algo al del controvertido y seductor bandido siciliano Salvatore Giuliano.

En Malta descubrí una historia muy anterior a la de los monjes militares que, apadrinados por Inocencio III, junto con aristócratas franceses, mercenarios y comerciantes genoveses y, sobre todo, venecianos, saquearon el imperio bizantino y en particular Constantinopla. De la misma manera que en el caso de Cerdeña, la prehistoria de esta isla es de una extraordinaria riqueza y —esto es algo por lo menos curioso—, al igual que en el caso de la otra, por inexplicables razones aquí tampoco estuvieron los antiguos griegos.

Aún no he ido a Chipre, pero ahí estaré porque tal vez nació de la cabeza de Afrodita, de la misma manera que ella nació de la de Zeus, el padre de todos los dioses habidos y por haber y el único que me resulta atractivo debido a esos humanos aciertos y desaciertos que hacen de él una divinidad a la medida del hombre.

En varias ocasiones he estado en Pompeya, porque es una prueba viviente o una piedra viva que habla con serenidad y, por lo tanto, sin prosopopeya. Sin lugar a dudas, cierto tiempo pasado (como el representado por esta ciudad) sí fue mejor.

Muy pronto estuve en Creta, tal vez porque esta isla es el inicio del recorrido que me metió en el laberinto por donde camino hace unos veinte mil años, cuando mis ancestros esgrafiaron en cuevas los símbolos de los misterios que nos acompañan desde entonces: la vida, la muerte, la sexualidad, la amistad y el amor, que siguen siendo la verdadera existencia frente a lo que parecer ser el siniestro destino del planeta

JULIÁN MEZA

en la actualidad: la muerte, única y exclusivamente la muerte, que de ninguna manera es aún vivida como un misterio, sino como un vulgar acontecimiento.

5. Vuelvo al pueblo no elegido, al que nunca se le ocurrió tamaña grosería: el gitano, que jamás hizo la guerra porque nunca tuvo un territorio que defender ni una religión o una ideología que imponer construyendo mazmorras para torturar y levantando hogueras y cadalsos para quemar, ahorcar, decapitar, fusilar paganos, infieles, herejes, mestizos, impugnadores, disidentes y heterodoxos. En otras palabras: para exterminar a los otros, a los que se han equivocado porque no han sido como sus verdugos.

El gitano es hoy el símbolo de los desposeídos del planeta que viven en sus márgenes o en su periferia, o la *racaille* (la escoria), como dice el señor Sarkozy desde la plataforma de una xenofobia muy próxima al racismo. El gitano es el símbolo de la única posibilidad para nuestra especie si algún día las fronteras de los nacionalismos llegan a su fin—aun, como está ocurriendo, de mala manera, por la intensa práctica anarquista de las agencias descalificadoras. Como los gitanos seremos, entonces, habitantes de la casa Tierra, que no es la del ingenuo Gervasio, sino la que imaginaban Romain Rolland, Stefan Zweig, Charles-Ferdinand Ramuz y sigue imaginando un hombre que lucha contra el aplastante dominio de la imbecilidad en nuestro tiempo: Edgar Morin. Mientras tanto, nos quedan los sueños, y yo celebro los que nos dejaron otros dos grandes nómadas en sus obras literarias: Louis-Ferdinand Céline y Jorge Luis Borges.

6. Cuando vivo demasiado en mi inevitable arraigo mexicano sin democracia, sin civilidad, sin instituciones y sin ley, ocurre que ya no me desespero como antaño. Ahora me aburro. La democracia, la ciudadanía, la ley, la libertad en México son promesas incumplidas que exigen una constante crítica creativa que, cuando no se es asesinado o injustamente encarcelado, a veces, por cansancio, se deja de ejercer. El arraigo puede ser creativo, y de hecho lo ha sido para mí, pero el desarraigo siempre

es más creativo. Los israelíes empezaron a inventar su fantástica historia mitológica cuando fueron conducidos al cautiverio (o volvieron de éste) en la creativa Babilonia. La continuaron cuando recorrieron el camino a la esclavitud en el no menos imaginativo Egipto y en su huída por el desierto y la montaña, en donde se les dio un código ético que anticipadamente no respetaron, porque les resultaba más atractivo y conveniente el becerro de oro. Hoy han olvidado esa fantástica historia debido a un ansia de poder que se realiza a costa de un pueblo que, por su nomadismo, pudo haber sido próximo al gitano: el palestino, pero que clausura esta proximidad desde el momento que quiere un territorio que defender por medio de la fuerza. Además, la historia en la que ahora viven los israelíes no es invento suyo, porque la democracia moderna no remite (es obvio) al Libro de los Jueces o al de los Reyes, sino a esa Grecia que despreciaba las leyendas judías y cristianas, aun cuando más tarde algunas creencias e ideas griegas (como las del quinto evangelista: Aristóteles), al igual que otras tantas del imperio romano, hayan sido manipuladas y convertidas en parámetros por los disidentes israelitas de las diversas sectas cristianas de los primeros tiempos de nuestra era.

7. Independientemente de las creencias, hay seres humanos que privilegian la sensibilidad, en ciertos momentos superior a lo razonable. Uno de esos seres humanos es Cess Nooteboom, brillante escritor holandés que tiene, sin serlo, mucho de gitano por su condición de singular nómada.

Recorrer la España perdida (como yo la Grecia de otros tiempos) y, aun cuando pueda ser difícil de creer, aún ajena al turismo, es una pasión de este escritor, pero de pronto su sensibilidad lo lleva a dimensiones desconocidas. Fuera del Mediterráneo hay otros caminos que conducen o, por mayor precisión, conducían a lugares que, a diferencia de la Grecia clásica, adonde aún se puede ir gracias a su amplia estela civilizatoria, ya no existen. Nooteboom llega al aeropuerto de Amsterdam sin saber a donde va a ir y, frente al tablero de partidas decide volar, por ejemplo, a Banjul, Gambia, o a La Paz, Bolivia, a donde puede ir no sólo porque le asalta sin descanso y quiere escapar a la “gustosa nada

JULIÁN MEZA

de la vida” que hiere su sensibilidad, sino porque su intuición le dice que puede contemplar de cerca lo que queda de lo que fue otra realidad, otra manera de ser. Yo fui a Bolivia de forma parecida: nunca había pensado en ir a La Paz, pero estaba harto de los ataques de “la gustosa” cuando recibí una inesperada invitación para asistir a un congreso (que bien pudo haberse titulado: “Aburridas divagaciones sobre el Ser y la Gustosidad”) en esa inhóspita cresta de los Andes. Nooteboom encontró en La Paz mucha gente que puede vivir y de hecho vive en las calles sin asfaltar que rodean el principal mercado de la ciudad y están a un paso de su distrito financiero; y esta gente vive totalmente al margen de las crisis financieras y otras zarandajas por el estilo, aunque la mayoría de las mujeres que van por esas calles lleva un bombín que remite a la City de Londres. Yo confirmé en La Paz algunos rasgos comunes a la capital de México y a otras capitales latinoamericanas, como Lima y Bogotá: conductores de esperpénticos autobuses, gobernantes, políticos, monopolios (sindicales o privados), militares que arrollan impunemente a ciudadanos despojados de su ciudadanía. Por fortuna, La Paz también fue para mí la puerta de acceso a un mundo precolombino cuyas extraordinarias construcciones pude admirar, pero no entender porque, para mí, las piedras milenarias sobre las que se yergue la ciudad mestiza de Cuzco son tan mudas como las de Machu Picchu o, en otras regiones de América Latina, las de Palenque o las de Teotihuacan.

Cees Nooteboom no sólo ratificó mis sospechas de que el nomadismo es una elección muy acertada; me convenció de que es la auténtica condición del hombre que, a imitación de los antiguos, quiere seguir descubriendo el mundo, la vida, la condición humana. Además, desde el momento en que leí algunos de sus libros (gracias a mi amigo Haroldo Diez) me di cuenta de que no estoy errado cuando pienso que los nacionalismos son algunas de las peores pestes que han asolado y siguen asolando el planeta. Baste con echar una mirada a éstos en la Rusia, la China, los USA y en casi en todas las latitudes y paralelos del planeta, donde hoy las patriochadas (aleación de patriotismo y paparruchadas) inhiben la ciudadanía, la confiscan o, por medio de la violencia, impiden que se practique.

Doy gracias a este magnífico holandés que me reafirmó la idea de que mi pasión por el Mediterráneo tiene por lo menos una razón de ser: el *Mare Nostrum* es un capítulo fundamental en la historia del nomadismo fundador de Occidente. Los griegos fueron a Troya, a Sicilia, al Bósforo; los romanos a Hispania, a Britannia, a Egipto; los bizantinos al reino vándalo en África, a Italia, a Spania; los catalanes a Cerdeña, a Sicilia, a Nápoles, y los grandes desplazamientos de éstos y otros navegantes a lo largo de los siglos han hecho de la historia del Mediterráneo una historia sin final, porque aún no ha acabado de escribirse, y acaso no se acabará de escribir jamás.

México, octubre de 2011.